

sobre la Galia, salían de Africa, especialmente del Mogreb; pues bien, poco tiempo después de la batalla de Poitiers estallaron disensiones religiosas en aquellas poblaciones recientemente convertidas al islamismo, las cuales realizaron en 740 un levantamiento que el gobernador de Kairnán no pudo dominar. Pro-
740 longóse la lucha durante años y las guerras de invasión quedaron abandonadas, pues si bien algunas hordas árabes todavía llevaron á cabo varias incursiones en el valle del Ródano, tales razzias no dieron por resultado ningún establecimiento fijo.

En Aquitania, Eudes había muerto en 735, habiéndole sucedido su hijo Hunaldo. Carlos exigió á éste el juramento de fidelidad, y ante su negativa á prestarlo, invadió sus dominios apoderándose de Burdeos y de Blaye. Restableciase, pues, la dominación franca así en el Mediodía como en el Norte de la Galia, pero no sin tener que luchar con terribles resistencias.

II.—Conversión de la Germania. San Bonifacio (1)

Carlos Martel, como sus predecesores (2), apoyó en Germania á las misiones cristianas, las cuales, tras una suspensión momentánea motivada por el desorden en que había caído la monarquía, habían reanudado su obra á fines del siglo VII. En 722, confirma en la posesión de la iglesia de Utrecht á Willibrord, «el arzobispo del pueblo de los frisonas,» y luego concede tierras á un noble frisón convertido, Vursingo, que llega á ser el auxiliar más activo de los misioneros y cuyo nieto Liudger terminará la conversión del país.

En Alemania (3), Carlos protege á Pirmín que ha acometido la empresa de extirpar las costumbres paganas, todavía existentes hasta entre los mismos fieles, y que en 724 funda el monasterio de Reichenau. Obligado á refugiarse en Alsacia, á consecuencia de la hostilidad del duque Teutbaldo, Pirmín organiza allí ó reforma numerosos conventos, tales como los de Murbach, Marmoutiers y Neuville. Un escrito de este misionero demuestra que el paganismo sobrevivía aún en aquel país: las piedras, los árboles, las fuentes, las encrucijadas eran todavía objeto de un culto, y en ellos colgaban los enfermos exvotos que representaban los miembros cuya curación querían obtener; además, se invocaban los nombres de las antiguas divinidades germánicas, como Freia y Holla. Pirmín combatió hábilmente las prácticas paganas, y la vida cris-

(1) FUENTES.—Vidas: de San Bonifacio, por Willibaldo; de Sturm, por Eigil; de Willibrord, por Alcuino (las dos primeras, muy importantes, en los *Monumenta Germaniae historica*, en folio, tomo II). *Sancti Bonifatii et Lulli Epistola* (edición Dummler, 1891). *Codex carolinus*, edición Gundlach, 1892, en los *Monumenta Germaniae*, en 4.º *Vita Gregorii III*, en el *Liber pontificalis*, tomo I, edición Duchesne.

OBRAS DE CONSULTA.—Hanck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo I, segunda edición, 1898. Lavis, *La conquête de la Germanie par l'Eglise romaine* («Revue des Deux Mondes», 15 de abril de 1887). Fischer, *Bonifacius Apostel der Deutschen*, 1881. Born, *Bonifacius*, 1883. Hahn, *Bonifaz und Lull*, 1883. Kurth, *Saint Boniface*, 1902. Respecto de la bibliografía de San Bonifacio, que es muy abundante, véase además Potthast, segunda edición, pág. 1217.

(2) Véase anteriormente, págs. 304 y 309.

(3) Respecto de las definiciones de los países alemanes que citaremos, véase anteriormente, págs. 290-291.

tiana fué penetrando cada vez más entre los alemanes.

Pero el principal apóstol de la Germania fué el anglosajón Wynfrith, que trocó su nombre por el de Bonifacio: hijo de un noble sajón del Wessex, nació probablemente entre 672 y 675, pasando su juventud en los monasterios de la Gran Bretaña, en donde florecía en aquella sazón la vida de ascetismo y de estudios; allí aprendió gramática y métrica y adquirió sobre todo un gran conocimiento de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, aquel monje, que tenía el alma de un apóstol, no se satisfizo con el estudio simplemente, sino que á fines de 717 partió para Roma, en donde, en 15 de mayo de 719, recibió de Gregorio II la misión de «visitar los pueblos más salvajes de la Germania.» Bonifacio atravesó Baviera y Thuringia y se fué á vivir con Willibrord para hacer junto á él el aprendizaje de su nueva vida. Tres años estuvo allí, y aunque el arzobispo deseaba conservarle á su lado con el propósito de nombrarle su sucesor, Bonifacio se marchó movido por el ansia de conquistar para la Iglesia nuevos territorios.

Comienza entonces su apostolado por el Hesse y es tal el éxito de su predicación que muy pronto piensa en dar al país una organización eclesiástica, solicitando al efecto instrucciones del papa. Gregorio II le llama á Roma y en 30 de noviembre de 722 le nombra obispo de Hesse y de Thuringia, prestando Bonifacio en esta ocasión el siguiente juramento: «Juro no consentir, por consejo de quien quiera que sea, nada contrario á la unidad de la común y universal Iglesia y sí conservar la fe y mi pureza y servir en todo á ti y á la Iglesia, á quien Dios ha dado potestad para atar y desatar. Si conozco sacerdotes que hablen contra las reglas antiguas de los santos Padres, no tendré trato alguno con ellos, antes al contrario, si puedo les impediré que sigan haciéndolo, y si no puedo informaré en seguida fielmente de su conducta á mi señor apostólico.»

Bonifacio será, pues, el legado del papado en Germania, el ejecutor de sus órdenes, el organizador de la disciplina católica. La Santa Sede tenía la tendencia de los obispos y del clero de cada país á formar iglesias nacionales que se administraran por sí mismas y deliberaran en concilios; y hasta entonces, las misiones de Germania habían sido casi siempre independientes de la corte de Roma, siendo la mayoría de ellas procedentes de Escocia y de Irlanda, esos focos de cristianismo que tenían sus usos particulares y una especie de vida aparte. El papa se propuso dirigir la evangelización y someter la nueva tierra de Germania á la disciplina romana, como en el siglo precedente habían sido á ella sometidos los reinos anglosajones. Pues bien, Bonifacio había vivido en esa Iglesia anglosajona que amaba á Roma con el amor que una hija siente por su madre y que enviaba «al umbral de los apóstoles» una multitud de peregrinos entre los cuales se contaban príncipes y reyes, y por temperamento y por educación sentíase predispuesto á ser el servidor abnegado de la Santa Sede. Su alma, como él mismo dice, está triste y llena de angustias, y él que evangeliza los pueblos con riesgo de su vida, teme constantemente equivocarse, necesita una regla y la espera del papa. Sobre las cosas más grandes como sobre las más insignificantes (en una ocasión pregunta si es lícito comer carne de caballo, de grajo y de cigüeña) quiere saber «lo que enseña y lo

que observa la Iglesia romana,» deseando vivir y morir *in servitio apostolicae sedis*, al servicio de la sede apostólica.

Mas para cumplir su doble misión de reformador y de apóstol, Bonifacio necesita, como Willibrord y como Pirmín, el apoyo de Carlos Martel, quien, comprendiendo, al parecer, que las victorias y las matanzas no bastan para hacer respetar en Germania la supremacía francesa, entrega al enviado de San Pedro una carta de salvoconducto en la cual participa á los duques, condes y demás oficiales que ha tomado su protección y su defensa. Bonifacio, por su parte, se somete «á su poder y á su patronato,» y de esta suerte el misionero depende en lo espiritual del papa y en lo temporal de Carlos, y «el esfuerzo combinado del servidor del pontificado y del príncipe de los francos salvará más de cien mil almas.»

Bonifacio visita primeramente el territorio de Hesse, que ya conoce, y en Geismar derriba una encina consagrada á Odín y con la madera de aquel árbol venerado por los paganos construye un oratorio dedicado á San Pedro. Desde allí se traslada á Thuringia, y en aquel país semi-convertido lucha contra las costumbres y las supersticiones paganas que todavía perturban la vida cristiana.

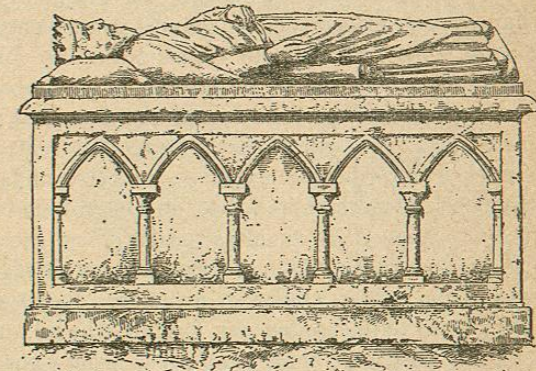
En medio de los trabajos de sus misiones, el monje anglosajón se acuerda, sin embargo, de los monasterios en donde se ha deslizado su juventud y mantiene relaciones con sus compatriotas, á quienes confía sus penas y pide oraciones. De Inglaterra proceden sus más activos colaboradores, Lull, Denehard y Burchard. También está en correspondencia con santas amigas; escribe cartas de amor místico á la abadesa Eadburga, «á la que rodea con las cadenas de oro de un amor espiritual y oprime en un divino y virginal beso de afecto,» y llama á su lado á Cunihilda, Cunitruda, Tecla y Lioba, «bella como los ángeles, encantadora en sus discursos y conocedora profunda de las Escrituras y de los sagrados cánones.» Y al mismo tiempo que funda monasterios de hombres en Amöneburgo, en Fritzlár y más tarde en Fulda, funda también conventos de mujeres en Kitzingen y en Ochsenfurth.

Gregorio III, que acaba de suceder á Gregorio II, admira los progresos de aquella misión, y en 732 con fiere á su servidor Bonifacio el palio con el título de arzobispo y el derecho de consagrar obispos; seis años después, en 738, le envía á Baviera y á Alemania y escribe á los obispos de aquellos países recomendándoles que obedezcan á su representante, que reciban sus instrucciones conforme á los usos y á las reglas de la Iglesia, y asistan á los concilios que convoque. Bonifacio llega á Baviera en el momento en que Carlos Martel acaba de instalar allí al duque Odilón, de la familia de los Agilolfingios y buen servidor de la Iglesia, y secundado por éste el emisario de San Pedro, divide el país en cuatro obispados, Pasán, Ratisbona, Salzburgo y Freising, y nombra los correspondientes obispos. Gregorio III le felicita por ello: «No ceses, carísimo hermano, de enseñarles la santa y apostólica tradición de la sede de Roma, á fin de que sus espíritus, todavía vastos, se ilustren, y de que sigan el camino de la salvación.» En Thuringia y en Hesse se crean los tres obispados de Buraburgo (ciudad que ya no existe), Wurzburg y Erfurt.

Este progreso del cristianismo y de la Iglesia romana

en las regiones germánicas atraía sobre Carlos Martel la atención del papado; Gregorio II le había escrito recomendándole al misionero á quien encargaba «que propagara la predicación entre los pueblos de Germania situados en la orilla derecha del Rin y dominados todavía por el error del paganismo ó por la obscuridad de la ignorancia.» Así comenzaron las relaciones entre el príncipe de los francos y la Santa Sede; muy pronto, empero, solicitó Gregorio III de Carlos Martel ayuda de otra índole.

Desde hacía un siglo aproximadamente, los lombardos llevaban á cabo la conquista de Italia, extendiendo poco á poco su dominación desde los Alpes hasta el Sur de la península. En 739, el rey Liutprando, después de haber tomado y arrasado varias fortalezas, acampaba



Sepulcro de Carlos Martel

cerca de Roma, en el Campo de Nerón; el castillo de Gallese estaba amenazado, y si caía en poder de los invasores, los romanos, una vez cortadas sus comunicaciones con Rávena, no podían esperar socorro alguno de Oriente. En vista de ello, el papa, recordando que durante las guerras contra los godos los francos habían apoyado á las tropas imperiales, envió á Carlos al obispo Anastasio y al presbítero Sergio, en demanda de que «libertara á los romanos de la opresión lombarda» y al mismo tiempo para entregarle «las llaves de la confesión de San Pedro,» las cuales llaves eran una especie de condecoración que los sumos pontífices enviaban á los personajes ilustres en testimonio de amistad y á la cual se atribuían virtudes milagrosas.

Pero los francos acababan de expulsar á los sarracenos de Provenza con ayuda de los lombardos, y por otra parte el rey de éstos, Liutprando, había recibido grandes agravios de los romanos cuando éstos ayudaron á los duques de Espoleto y de Benavento que contra él se habían rebelado. Por consiguiente, Carlos no podía, sin incurrir en ingratitud, declararse enemigo de sus aliados antiguos; así es que se limitó á dispensar excelente acogida á la embajada pontificia, colmándola de regalos y haciéndola escoltar á su regreso á Italia por dos francos, Grimmón, abad de Corbie, y Sigeberto, monje de Saint-Denis. Al otro año, Gregorio III reiteró sus súplicas al «virrey de los francos,» «conjurándole por Dios vivo y verdadero á que no estimase en más la amistad del rey de los lombardos que el amor del príncipe de los apóstoles;» pero Carlos permaneció sordo á este nuevo llamamiento, y poco tiempo después murieron el rey y el papa.

Carlos Martel falleció en 22 de octubre de 741 en Quierzy-sur-Oise, siendo enterrado en la basílica de Saint-Denis. Según palabras de su principal historiador, «había conquistado todos los Estados vecinos y reinado en los dos reinos (Austrasia y Neustria) durante veintiséis años.» Su obra fué, en efecto, importantísima, puesto que trabajó en la reconstitución del *regnum Francorum*, la potencia más fuerte de cuantas surgieron de las ruinas del antiguo Imperio, y el primero de los Estados de la sociedad nueva, y contribuyó con la fuerza de sus armas y con la ayuda dispensada á los misioneros, á hacer ingresar á Alemania en la comunidad occidental y cristiana. Poco á poco se iba así dibujando la Europa futura, la Europa cristiana, y esta Europa defendióla victoriosamente Carlos contra el islamismo. Por otra parte, con él se iniciaron las relaciones de los francos con el papado que tan grandes consecuencias habían de tener más adelante. Carlos Martel no comprendió toda la importancia de la obra en que trabajó con tanta energía; el porvenir será el que dará toda su significación á los acontecimientos durante su reinado acaecidos. Poco sabemos acerca de su personalidad; seguramente fué un hombre fuerte, un conquistador vigoroso, un valiente; los analistas señalan como excepciones los años de su vida que transcurrieron sin alguna expedición militar, y todas las menciones que hacen de sus guerras terminan con una fórmula triunfal, que respira una especie de entusiasmo por la lucha y por la victoria constante.

El rey Thierry vivió hasta 737, sin apartarse del lado de Carlos, quien, al morir aquel merovingio, no se atrevió á ceñir la corona; pero tampoco se la dió á otro, pensando sin duda que los francos se acostumbrarían poco á poco á olvidar su antigua dinastía.

III.—Reorganización y reforma de la Iglesia (1)

De su esposa Crotruda había tenido Carlos Martel dos hijos, Carlomán y Pipino, y de una concubina, Swanahilda, que se trajo de una expedición á Baviera, un bastardo, llamado Grippón. En 741, algunos meses antes de su muerte, había dividido sus Estados entre sus hijos legítimos, de acuerdo con los magnates, dando á Carlomán, el primogénito, la Austrasia, la Alania y la Thuringia, y á Pipino la Borgoña, la Neustria y la Provenza. Mas habiendo protestado Swanahilda contra la exclusión de su hijo, constituyóse una tercera porción con fragmentos de la Neustria, de la Austrasia y de la Borgoña.

Inmediatamente después de la muerte de Carlos Martel, estalló una contienda entre Grippón y sus hermanos, y al mismo tiempo prodújose una rebelión en los ducados sometidos á los francos: Teutbaldo regresa á Alania, Hunaldo se insubordina en Aquitania, y Odilón de Baviera, tío de Swanahilda, se casa con Hil-

(1) La misma bibliografía que para el párrafo II, y además: FUENTES: Boretius, *Capitularia regum Francorum*, págs. 24-41, actas de los concilios celebrados en los Estados de Carlomagno y de Pepino.

OBRAS DE CONSULTA: Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo II, segunda edición, 1900. Hefelé, *Histoire des Conciles d'après les documents originaux*, traducción Delarc, tomo IV. Dunzelmann, *Über die ersten unter Karimann und Pippin gefallenen Concilien*, 1869.

truda hermana de los príncipes francos, á pesar de la oposición de éstos. El reino franco hállase, pues, una vez más en peligro.

Carlomán y Pipino empiezan por dirigirse contra Grippón, á quien hacen prisionero y encarcelan en Neufchateau, en la Ardena. Swanahilda es, á su vez, encerrada en el monasterio de Chelles. Hecho esto, los dos príncipes se dedican á «restablecer el orden en el Estado y á recobrar las provincias que, después de la muerte de su padre, se separaron de la sociedad de los francos:» en 742 penetran en Aquitania, incendian los alrededores de Bourges y destruyen el castillo de Loches (2); y en el otoño del mismo año hacen la campaña del Danubio, devastan y someten á la Alania y derrotan á Odilón de Baviera en las márgenes del Lech. Entonces el ejército franco se divide, operando Pipino en Alania y Carlomán en Sajonia. Odilón se somete en 744; pero como Haunaldo durante estas guerras había pasado el Loira é incendiado Chartres y la iglesia episcopal dedicada á la Virgen, Pipino y Carlomán, después de haber vencido á los germanos, se dirigen contra aquel duque de Aquitania que, incapaz de resistir, se retira á un monasterio de la isla de Re, sucediéndole su hijo Waifre (745).

Los dos hermanos protegen las misiones siguiendo el ejemplo de su padre y aun se alían más estrechamente que éste con la Iglesia, cuya reforma constituye uno de los principales actos de su gobierno (3).

A mediados del siglo VIII reina el mayor desorden en el clero franco. Multitud de obispos y abades que han comprado su dignidad ó la han recibido como donación de los príncipes, son señores de costumbres rudas que pasan la vida dedicados á la caza ó al ejército, y aumentan sus dominios por medio de la fuerza haciendo la guerra á los conventos y saqueándolos. En los monasterios, los monjes se rebelan contra los abades que quieren hacer cumplir la regla; y los concilios, tan frecuentes durante el siglo VI, se reúnen cada vez más de tarde en tarde. En 742, Bonifacio escribe al papa Zacarías que, según testimonio de los ancianos, hace más de ochenta años que los francos no celebran concilios; hay, sin embargo, en esta afirmación un error de algunos años, pues el último concilio se reunió, al parecer, en Auxerre en 695 convocado, por el obispo Trétrico.

El desorden de la Iglesia había aumentado en tiempo de Carlos Martel, quien para atraerse ó conservar partidarios fieles pagaba sin escrúpulo alguno sus servicios con bienes eclesiásticos: su sobrino Hugo recibe los tres obispados de París, Ruán y Bayeux y las tres abadías de Saint-Wandrille, Fleury-en-Vexin y Jumieges; Milón, uno de sus más leales compañeros de guerra, es obispo de Tréveris y de Reims y gasta tan prodigamente sus rentas, que nada deja á sus clérigos, los cuales se ven obligados á dedicarse al comercio para vivir; Geroldo, obispo de Worms, muere combatiendo á los sajones y su hijo hereda el obispado. El monasterio de Saint-Wandrille tiene sucesivamente cinco abades y todos le roban: uno de ellos, Teutsindo, que es

(2) Precedió á esta campaña un nuevo reparto del reino, que se hizo en Vieux-Poitiers y cuyo texto es desconocido.

(3) Respecto del estado de la Iglesia merovingia, véase anteriormente, págs. 330 y siguientes.

á la vez abad de Saint-Martin-de-Tours, disipa en cuatro años la tercera parte de los bienes del convento; otro, Widdón, también abad de Saint-Wast, es un cazador apasionado que nunca viste el traje eclesiástico y que acaba por sublevarse durante una enfermedad de Carlos, siendo hecho prisionero y ejecutado y reemplazado por Raganfredo, obispo de Ruán, que no sabe leer. Las iglesias se ven invadidas por laicos, que ni siquiera se toman el trabajo de recibir las órdenes, y Lyon, Vienne, Metz, Verdún y el Mans están sin obispos durante muchos años.

Bonifacio, espantado por estos escándalos, escribe al papa: «En la mayor parte de las ciudades el episcopado está en manos de laicos ávidos de los bienes de la Iglesia ó de clérigos adúlteros, licenciosos y usureros,» y después de la muerte de Carlos Martel se dirige al primogénito de éste, Carlomán, pidiéndole que le ayude á reformar la Iglesia.

Carlomán, que era un príncipe muy piadoso, responde al llamamiento de Bonifacio y en 21 de abril de 742 reúne, no se sabe dónde, un primer concilio, compuesto de los obispos de sus Estados, «para buscar los mejores medios de restablecer la ley de Dios y la religión de la Iglesia, destruidas en tiempo de los antiguos príncipes:» Bonifacio asiste al concilio como «enviado de San Pedro.» El 2 de marzo de 744, Pipino celebra una asamblea análoga en Soissons, y en el mismo año Carlomán convoca otra y el papa Zacarías escribe que es preciso restablecer la regla no sólo en Baviera, sino además en toda la provincia de las Galias. En marzo de 745, se reúne probablemente en Leptines (les Estinnes, provincia de Hainaut) un concilio general de la monarquía franca.

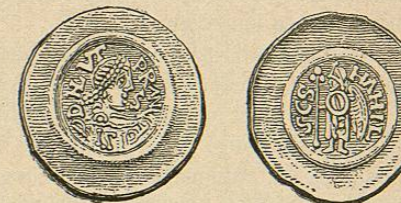
Los principales artículos de la reforma son: periodicidad de los concilios: cada año se reunirá uno para velar por el cumplimiento de los cánones y de los derechos de la Iglesia; restablecimiento de la jerarquía: habrá uno ó varios arzobispos instituidos en cada Estado, toda ciudad tendrá su obispo, y todo sacerdote estará sometido al prelado y le dará cuenta de sus actos dos veces al año; restablecimiento de las costumbres: los monjes seguirán la regla de San Benito, los servidores de Dios no podrán llevar armas, ni combatir, ni ir á la guerra, ni cazar, ni recorrer los bosques con perros, ni adiestrar gavilanes ni halcones, ni llevar el traje de los laicos, ni tener en su casa mujer alguna; además se castigan severamente la fornicación y el adulterio; medidas para salvaguardar las propiedades de la Iglesia: ésta recobrará los bienes que le han sido arrebatados y en lo sucesivo el guerrero los tendrá de ella á título de precario ó de beneficio y le pagará un censo (1).

Cuando la reforma habrá dado sus frutos, al episco-

(1) El concilio de Ver, de 11 de julio de 755, concreta y confirma estas decisiones. Habrá dos concilios cada año: uno se reunirá el 1.º de marzo por orden del rey en un lugar designado por él y en su presencia; el otro, compuesto solamente de eclesiásticos, se reunirá el 1.º de octubre en Soissons ó en otra ciudad que habrá sido escogida en el mes de marzo. Lo que da á este concilio una importancia particular es que consagra la sumisión del clero secular y regular á la autoridad episcopal. Los presbíteros están «bajo el poder» del obispo de su ciudad y no pueden bautizar ni celebrar la misa sin su permiso, ni substraerse á su convocación. El obispo tiene también poder para reformar los monasterios de hombres y de mujeres.

pado de los últimos tiempos merovingios, ignorante, disoluto y falto de toda autoridad moral, sucederá un episcopado mejor instruido, más penetrado de sus deberes para con la sociedad y la religión y que desempeñará un papel en las letras y en la política.

Para llegar á estos resultados fué preciso vencer no pocos obstáculos: muchos miembros del clero protestaron, habiendo sido necesario degradar á varios sacerdotes y obispos, y en cuanto á Bonifacio llovieron sobre él las injurias y las persecuciones á las que pudo sobreponerse gracias á la ayuda que le prestaron los príncipes de los francos. «Sin el patronato del príncipe de los francos, escribe á Daniel, obispo de Winchéster, no puedo gobernar al pueblo de los fieles, ni corregir á los clérigos, frailes y monjas; sin sus instrucciones, no me es dado impedir en Alemania los ritos de los paganos ni los sacrilegios de los ídolos.» Carlomán y Pipi-



Moneda de oro de Liutprando. (Museo Numismático de Berlín.)

no asistían con sus magnates á los concilios y tomaban parte en la discusión; por regla general hacían que coincidieran con las asambleas políticas y de este modo se trataban al mismo tiempo los asuntos de la Iglesia y los del Estado. En su nombre se promulgaban los decretos, dados en forma de Capitulares, y ellos eran los que ordenaban, prohibían y amenazaban. «Quienquiera que infrinja—dice el décimo canon del concilio de Soissons—este decreto que veintitrés obispos y otros sacerdotes y servidores de Dios han dictado con el consentimiento del príncipe Pipino y de los nobles francos, habrá de ser juzgado por el príncipe mismo ó por los obispos ó por los condes.»

Bonifacio seguía obrando como servidor del papado y exigía ante todo de los obispos puestos bajo sus órdenes el juramento de «conservar hasta la muerte la fe y la unidad católica y la sumisión á la Iglesia romana, á San Pedro y á su vicario.» Pipino y Carlomán, á su vez, se dirigen á menudo en consulta al papa: así empieza la alianza íntima de los príncipes francos y de la Iglesia romana.

En 748, Bonifacio había sido nombrado arzobispo de Maguncia. La creación de esta nueva sede arzobispal fué un gran acontecimiento: Maguncia iba á ser la metrópoli de la Germania convertida al cristianismo y sometida á la Iglesia de Roma. Cumplida su misión de reformador, el apóstol, á pesar de contar cerca de ochenta años, regresó á Frisia, en donde había comenzado su carrera al lado de Willibrord; cuando, acompañado sólo por algunos sacerdotes y niños, llegó á Dokkum, á orillas del Boorn, y plantó allí sus tiendas, había convertido ya millares de almas. En la mañana del día 5 de junio de 754, aquel pequeño campamento fué invadido por multitud de gentes armadas; el anciano presentóse á los invasores llevando algunas reliquias de santos, pero los paganos se apo-